

mente hácia mí, exclamó : ¿ Lord Nelvil, no es verdad ? Sí, señora, le respondí, él es ; y Corina soltó su llanto : durante la historia no habia llorado, ¿ qué tenia, pues, de mas tierno el nombre del héroe que la misma narracion ? — ¡ Lloró ! exclamó entónces lord Nelvil ; ¡ ah ! ¿ por qué no estaba yo allí ? — Luego, deteniéndose de repente, bajó los ojos, y su rostro varonil expresó la delicada timidez ; pero volvió á su discurso, temeroso de que el Conde de Erfeuil tubaser su alegría, advirtiéndola. — Si la aventura de Ançona merece contarse, dijo Osvaldo, es vuestro, amado Conde, todo el honor que puede dar. — Si, respondió el Conde de Erfeuil riéndose, se ha hablado de un Frances muy amable que estuvo allí con vos, milord ; pero nadie sino yo, ha atendido á este paréntesis de la relacion. La hermosa Corina os prefiere, os cree sin duda el mas fiel de los dos ; quizá no lo sereis mas, quizá le dareis mas disgustos que yo le hubiera dado, pero las mujeres gustan de las penas, con tal que sean novelescas ; por tanto, le convenís. — Lord Nelvil padecía á cada palabra del Conde de Erfeuil ; mas ¿ qué le habia de decir ? jamas disputaba, ni escuchaba con atencion suficiente para mudar de sentir ; sus palabras ya no le interesaban una vez que las habia soltado, y lo mejor era, si se podia, olvidarlas tan pronto como él.

CAPITULO III

Osvaldo llegó aquella noche á casa de Corina con un sentimiento enteramente nuevo ; pensó que tal vez le esperaba. ¡ Qué encanto es este primer vislumbre de inteligencia con lo que uno ama ! Antes que la memoria entre á partir con la esperanza, ántes que las palabras hayan expresado los sentimientos, ántes que la elocuencia haya sabido pintar los que sentimos, tienen aquellos primeros instantes no sé qué misterio de fantasía, mas fugaz que a misma dicha, pero mas celestial aun que ella.

Osvaldo al entrar en el aposento de Corina, se sintió mas tímido que nunca : la halló sola, y casi le pesó ; hubiera deseado observarla en medio de las gentes ; y asegurarse, en algun modo, de su preferencia, ántes de verse improvisamente comprometido en una conversacion que podia entibiar a Corina si, como estaba cierto, se mostraba turbado, y frio por turbacion.

Ora notase Corina aquella disposicion de Osvaldo, ora una disposicion semejante produjese en ella el deseo de animar la conversacion para hacer cesar el embarazo, se apresuró á preguntar a lord Nelvil si habia visto algunos de los monumentos de Roma. — No, respondió Osvaldo. — ¿ Pues qué hicisteis ayer ?

replicó Corina sonriéndose. — Pasé el día en casa, dijo Osvaldo; desde que estoy en Roma, no he visto á nadie mas que á vos, señora, ó he estado solo. — Corina quiso hablarle de su accion en Ancona, y empezó por estas palabras: — Ayer supe... luego se detuvo, y dijo: — Os hablaré de esto cuando haya gente. — Lord Nelvil tenia en sus modales una dignidad que intimidaba á Corina; ademas temia ella manifestar demasiada conmocion, recordándole su noble proceder, y le parecia que no seria tanta cuando no estuviesen solos. Osvaldo se enterneció profundamente del recato de Corina, y de la sencillez con que descubria, sin advertirlo, los motivos de él; pero á proporcion que estaba mas turbado, le era mas difícil expresar los que sentia.

Levantóse, pues, repentinamente, y se adelantó hácia la ventana; luego conoció que Corina no podia entender aquel movimiento; y mas trastornado que nunca, volvió sin hablar palabra á su sitio. Corina tenia en conversacion mas denuedo que Osvaldo; mas no obstante, participaba de la turbacion en que le veia; y buscando, en su distraccion, una postura, aplicó los dedos al arpa, que estaba á su lado, y dió algunos sonidos sin orden y sin intencion. Aquellos acentos armoniosos, aumentando la conmocion de Osvaldo, le daban, al parecer, mas osadía: ya se habia atrevido á mirar á Corina: ¡ay! ¿quién podia mirarla, sin que le hiriese la inspiracion divina, que se pintaba en sus ojos? y alentado

en el propio instante por la expresion de bondad que cubria el resplandor de sus miradas, quizá iba Osvaldo á romper el silencio, cuando entró el príncipe de Castel-Forte.

No vió sin pesar á lord Nelvil á sólas con Corina; pero estaba hecho á disimular sus impresiones, y este hábito que en los Italianos se halla á veces reunido con suma vehemencia de sentimientos, era en él mas bien resultado de indolencia, y de natural dulzura. Hallábase resignado á no ser el primer objeto del cariño de Corina: no era ya jóven; tenia mucho talento, infinita aficion á las artes, imaginacion fogosa, cuanto bastaba para variar la vida sin hacerla agitada; y tal necesidad de pasar todas las tardes con Corina, que si ella se hubiese casado, habria suplicado á su esposo le permitiese ir, como acostumbraba, á su casa todos los dias; y con tal licencia, no hubiera considerado como gran desgracia verla enlazada con otro. Las penas del corazon no se complican en Italia con los disgustos de la vanidad, de suerte que los hombres son, ó bastante apasionados para dar por celos mil puñaladas á su rival, ó bastante modestos para aceptar gustosos el segundo puesto cerca de una mujer, cuya conversacion les agrada: mas, apénas hay ninguno que por recelo de parecer despreciado, se niegue á conservar cualquiera relacion que le sea grata: el imperio de la sociedad sobre el amor propio, es casi nulo en aquel país.

El Conde de Erfeuil, y las gentes que se reunian en casa de Corina todas las noches, llegaron por fin, y recayendo la conversacion sobre la habilidad de improvisar que tan gloriosamente habia manifestado Corina en el Capitolio, paró en preguntarla á ella misma, qué concepto formaba de su propio talento. — Es cosa tan rara, dijo el príncipe de Castel-Forte, hallar una persona juntamente susceptible de entusiasmo y de análisis, dotada como un artista, y capaz de observarse á sí misma, que es preciso rogarla que nos revele, en cuanto pueda, los secretos de su genio. — No es mas extraordinario, repuso Corina, ese talento de improvisar en las lenguas del mediodía, que la elocuencia de la tribuna, ó la viveza brillante de la conversacion en las demas lenguas; y aun diré que por desgracia es mas fácil entre nosotros hacer versos de improviso, que hablar bien en prosa. El lenguaje de la poesía difiere de tal suerte del de la prosa, que á los primeros versos mandan la atencion las mismas expresiones que colocan, por decirlo así, al poeta léjos de los oyentes; ni debe atribuirse el imperio de la poesía entre nosotros solamente á la dulzura del italiano, sino mas bien á la vibracion fuerte y señalada que tienen sus sonoras sílabas.

El italiano posee un encanto musical que hace hallar placer en el sonido de las voces en sí prescindiendo de las ideas; y estas voces tienen ademas casi todas algo de pintorescas, pintan lo que expre-

san: conócese que aquel idioma melodioso, y ornado de colores, se ha formado en el seno de las artes, y bajo un hermoso cielo. Es, por tanto, mas fácil en Italia que en ninguna otra parte embelesar con palabras, sin profundidad en los pensamientos, ni novedad en las imágenes: la poesía, como todas las bellas artes, aprisiona tanto las sensaciones como la inteligencia; sin embargo, me atrevo á decir que jamas he improvisado sin que me haya animado una conmocion verdadera, ó una idea nueva, á mi parecer; me he fiado pues, segun creo, ménos que otros en nuestra lengua encantadora, que puede, digámoslo así, ensayar sin objeto, y causar aun gran placer solo por el encanto del ritmo y de la armonía.

— ¿ Juzgais, pues, interrumpió uno de los amigos de Corina, que la facilidad de improvisar daña á nuestra literatura? tambien yo era de esa opinion ántes de oiros; mas vos me habeis hecho mudar enteramente de dictámen. — He dicho, repuso Corina, que de esa facilidad, de esa abundancia literaria, resultaba gran copia de poesías comunes; celebro, empero, que exista esa fecundidad en Italia, al modo que me complace ver cubiertos nuestros campos de mil producciones superfluas: me envanece esa liberalidad de la naturaleza, y en especial gusto de oír improvisar á la plebe, porque nos muestra así su imaginacion, que en todas partes se esconde, y solo se ostenta entre nosotros: da cierto aire poético

á las clases mas ínfimas de la sociedad, y nos evita la repugnancia que no puede dejar de causarnos lo vulgar en todas clases. Cuando nuestros Sicilianos, llevando en sus barcos á los viajantes, les dirigen en su gracioso dialecto amables felicitaciones, y les dicen en verso un largo y suave adios, parece que el soplo puro del cielo y del mar obra en la fantasia de los hombres, como el viento en las arpás eolianas, y que la poesía, como la armonía, es el eco de la naturaleza. Otra cosa me hace apreciable nuestra habilidad de improvisar; es que semejante habilidad no podria encontrarse en una sociedad inclinada á la irrision; porque es precisa, permitidme esta expresion, la bondad del mediodía, ó mas bien de los países donde gustan de divertirse sin recrearse en criticar lo que divierte, para que los poetas se arriesguen á tan peligrosa empresa: una sonrisa burlesca bastaria para quitar la serenidad que exige una composicion repentina y continua; y es fuerza que los oyentes se exalten con nosotros, y que sus aplausos nos inspiren.

— Pero vos, señora; pero vos, dijo en fin Osvaldo que hasta entónces habia permanecido callado, sin haber cesado un momento de mirar á Corina, ¿á cuál de vuestras poesías dais la preferencia? ¿á las que son obra de la reflexion, ó de la inspiracion instantánea? — Milord, respondió Corina, con una mirada que expresaba mucho interes, y ademas el sentimiento mas delicado de una consideracion res-

petuosa, yo os nombraria á vos mismo juez; pero si me pedís que yo propia examine mi modo de pensar sobre ese punto, os diré que para mí la improvisacion es como una conversacion acalorada; no me dejo sujetar á tal ó á cual asunto, me abandono á la impresion que produce en mí el interes de los oyentes, y debo en esta parte á mis amigos mi mayor gloria, y mi habilidad. A veces, el interes vivísimo que me inspira una conversacion sobre importantes y nobles cuestiones, pertenecientes á la existencia moral del hombre, su destino, su fin, sus obligaciones y sus afectos; á veces, repito, este interes me eleva sobre mis fuerzas, y me hace descubrir en la naturaleza, en mi propio corazon, verdades osadas, y expresiones llenas de vida que no hubiera hecho nacer la reflexion solitaria. Entónces me parece que siento un entusiasmo sobrenatural, y conozco que lo que habla en mí, es superior á mí misma; dejo frecuentemente el ritmo de la poesía, y me explico en prosa; y suelo citar los versos mas hermosos de las varias lenguas que entiendo; míos son aquellos versos divinos, de que está mi alma poseida; ó acabo con mi lira, en consonancias ó en tonadas sencillas y nacionales, los pensamientos á que no alcanzan mis palabras. Por fin, me siento poeta, no solo usando una eleccion feliz de rimas ó de sílabas armoniosas, ó cuando una feliz reunion de imágenes deslumbra á los que me oyen, sino tambien cuando desprecio mas sublime el egoísmo

y la bajeza; por último, cuando me fuera mas fácil hacer una buena accion; entónces mejoran mis versos. Soy poeta cuando admiro, cuando desprecio, cuando odio, no por sentimientos personales, no por mi propia causa, sino por la dignidad de la especie humana, y la gloria del mundo.

Corina advirtió á este tiempo que la conversacion la habia arrebatado; sonrojóse un poco, y volviéndose hácia lord Nelvil, le dijo: — Ya lo veis; no puedo llegar á ninguno de los asuntos que me enternecen, sin experimentar aquella especie de sacudimiento, origen de la belleza ideal en las artes, de la religion en las almas solitarias, de la generosidad en los héroes, y del desinterés entre los hombres; perdonádmelo, milord, aunque no se semeje una mujer como yo á las que merecen la aprobacion de vuestro país. — ¿Quién pudiera semejarse á vos? replicó lord Nelvil: y ¿pueden hacerse leyes para una persona única?

El Conde de Erfeuil estaba verdaderamente encantado, á pesar de no haber entendido todo lo que decia Corina; pero su ademan, el acento de su voz, su modo de pronunciar, le hechizaban, y por primera vez sentia el poder de una gracia que no era francesa: mas á la verdad, el aplauso de Corina en Roma, le indicaba en algun modo lo que debia pensar de ella, y no faltaba, admirándola, á la buena costumbre de dejarse llevar de la opinion ajena.

Fuése con lord Nelvil, y le dijo á la salida: —

Confesadlo, querido amigo, hago algun mérito en no obsequiar á una criatura tan preciosa. — Me parece, respondió lord Nelvil, que segun dicen generalmente no es fácil agradarla. — Dícenlo, repuso el Conde de Erfeuil; pero me cuesta trabajo creerlo. Una mujer sola, independiente, y que tiene poco mas ó ménos la vida de un artista, no debe ser difícil de aprisionar. — Lord Nelvil se ofendió de esta reflexion; y el Conde de Erfeuil, ó no advirtiéndolo ó queriendo seguir el hilo de sus propias ideas, continuó de esta suerte.

— No quiero decir que si yo creyese en la virtud de una mujer, no pusiera tanta confianza en la de Corina como en la de cualquiera otra. Tiene, en verdad, mil veces mas expresion en las miradas, y mas viveza en los ademanes, que la que bastara en vuestro país, y aun en el mio, para poner en duda la severidad de una mujer; pero es una persona de talento tan superior, de instruccion tan profunda, de tacto tan fino, que no pueden aplicarse á ella las reglas comunes para juzgar de su sexo. En fin, ¿creereis que me impone respeto, á pesar de su naturalidad, y de aquella dejadez de su conversacion? Ayer, sin ofender jamas su interés en vuestro favor, quise decirle algunas palabras á la ventura, por mi cuenta; eran de aquellas palabras que paran en lo que pueden; si las oyen, en buen hora; si no las oyen, lo mismo vale; y Corina me miró friamente de un modo que me dejó sin accion: no obstante es

cosa extraña ser tímido con una Italiana, con una poetisa; en fin con todas las circunstancias que deben dar libertad. — Ignoro su nombre, replicó lord Nelvil; pero sus modales deben hacer presumir será ilustre. — ¡ Ah! eso de ocultar lo mejor, dijo el Conde de Erfeuil, es bueno para las novelas; mas en el mundo real, decimos todo aquello que nos hace honor, y á veces algo mas. — Sí, interrumpió Osvaldo, en algunas sociedades en que solo se piensa en el efecto que se causan unos á otros; pero donde es interior la existencia, puede haber misterios en las circunstancias, como hay secretos en los sentimientos; y solamente quien quisiese dar la mano á Corina podría saber... — ¡ Dar la mano á Corina! interrumpió el Conde de Erfeuil, riéndose á carcajadas : ; oh ! ; esa idea sí que no me hubiera ocurrido nunca ! Creedme, querido Nelvil, si quereis hacer necedades, hacedlas remediables; pero en cuanto al matrimonio, jamas debe consultarse sino la costumbre recibida. Os parezco frívolo; y con todo apuesto á que en el gobierno de la vida, seré mas prudente que vos. — Lo creo, respondió lord Nelvil, y no añadió ni una palabra mas.

¿ Podia, en efecto, decir al Conde de Erfeuil, que muchas veces acompaña sumo egoísmo á la frivolidad, y que el egoísmo jamas puede llevar á los errores de la ternura, errores en que casi siempre se sacrifica uno por los demas? Los hombres frívolos son capacísimos de habilidad en la direccion de sus

propios intereses, porque en todo lo que se llama ciencia política, así de la vida privada, como de la pública, mas veces se logra el éxito por las prendas que no se tienen, que por las que se poseen. Falta de entusiasmo, falta de opinion, falta de sensibilidad, algun talento combinado con este tesoro negativo, basta; y la vida social llamada propiamente así, esto es, la riqueza y la elevacion, se adquieren y se conservan muy bien, sin necesidad de otra cosa. Las burlas del Conde de Erfeuil habian incomodado á lord Nelvil, y desaprobándolas se acordaba impertunamente de ellas.